

Cuento con polaroids

No es imposible pero tampoco probable. Cuentan que Neruda, Cortázar, Sartre y Borges coincidieron en Toledo a finales de los 60. Llegaron a la ciudad de incógnito porque varios de ellos, especialmente Neruda y Sartre, eran personas non gratas para el régimen franquista. Aseguran que tal vez Areilza conocía la visita, la amparó y la ocultó pero quizá esto es lo que quiso hacer creer Areilza. Se unirían así los cuatro a la lista de visitantes ilustres de la ciudad. Se sabe que Marie Curie estuvo en Toledo alojada en el Cigarral del doctor Marañón. Es conocido que Lorca se lanzó vestido al estanque del cigarral porque no soportaba la lectura de poemas de Unamuno. Se cree pues que los cuatro escritores quisieron albergarse donde lo hicieron, décadas antes, Ortega y Gasset, Antonio Machado o Valle Inclán y que Belén Marañón, que se ocupaba del lugar tras la muerte de su padre, les hospedó con gusto.

De su estancia aquellos días se sabe que Borges propuso que los cuatro comieran perdices, aunque fueran escabechadas. No se le ocurría, como cuentista, mejor manjar literario. Se conoce el interés de Neruda por las Cuevas de Hércules, porque el chileno sentía que al igual que el mundo sobre Hércules, el peso de la literatura descansaba sobre sus hombros. Se dice que Sartre, por el contrario, quiso visitar la Cueva del Estudiante y que Cortázar insistió en que fueran a la Biblioteca del Miradero. Al parecer el interés de Cortázar era de tres tipos: literario, fotográfico y sobre todo, sentimental. Por lo visto, nada más llegar a Toledo el argentino decidió escaparse a callejear a la anochecida bien embozado en su gabán. En esa caminata a grandes zancadas por las callejas empedradas se puso a seguir a una mujer pizpireta que hablaba con otra amiga sobre “El maestro y margarita” de Bulgakov. La mujer, de voz aguda, insistía en que ese libro le estaba cambiando la vida. La obra se acababa de publicar en Rusia y Polonia y a Cortázar, que había oído hablar de ella en París, le parecía imposible que aquella mujer ya estuviera leyéndola. Le parecía imposible porque todavía no conocía a Julita. Julita era indomable, incombustible, irrefrenable. Julita era una agitadora cultural, Julita era la bibliotecaria del Miradero. Organizaba lecturas y recitales, presentaciones, exposiciones y conciertos. De los conciertos le habló a Cortázar, apasionado de la música, y también de las exposiciones, picado como estaba el argentino entonces por la fotografía. Julita había echado el anzuelo, Cortázar, más que tenaz, cabezón, obligó a sus colegas a acudir

a la biblioteca. El reclamo fue que estaría Emilio Flores Mandado, el fotógrafo, que se encargaría de inmortalizar aquel encuentro clandestino de los ilustres visitantes. La insistencia de Cortázar derivaba también de su interés por seguir manteniendo contacto con Julita, esa mujer a la que doblaba en estatura pero que le recordaba al Mago de Oz, no porque se pareciera a Dorothy sino porque era igual que el tornado.

La “Casa Flores” estaba situada entonces en la Plaza de Zocodover de Toledo, justo bajo los soportales. Desde mediados los años 50 Emilio Flores Mandado retrataba comulgantes y novias, difuntos y novicias, romerías y Corpus. Interesado por las técnicas más modernas había incorporado la Polaroid, tan de moda en aquellos años sesenta, que se había convertido en un verdadero fenómeno social en la ciudad. La proximidad de su establecimiento a la Biblioteca y una antigua pasión por los libros hacían que Emilio Flores Mandado fuera un habitual del Miradero. No era extraño verlo junto a los más pequeños, hojeando tebeos, pero tampoco en la sala de los adultos, a donde los niños no accedían y donde se podían admirar viejos tomos, algunos antiquísimos. Emilio Flores Mandado buscaba en ellos las ilustraciones pero también las descripciones de las que aprendía sobre su oficio. Por indicación de Julita había leído a Azorín, maestro de la descripción, pero le aburría, en eso era como tantos escolares. Afortunadamente había caído en sus manos “Colmillo blanco”, de Jack London:

”A un lado y a otro del oscuro cauce se erguía un oscuro bosque de abetos de ceñudo aspecto”.

Flores Mandado sintió que London le estaba explicando perfectamente donde poner la cámara y es más, cómo entender la luz:

“Hacia poco que el viento había despojado a los árboles de la capa de hielo que los cubría y en medio de la escasa claridad, que se iba debilitando por momentos, parecían inclinarse unos hacia otros, negros y siniestros”

Aquella epifanía continuó con otros tomos con cuya lectura Flores Mandado sentía que mejoraba notablemente su calidad como fotógrafo. Por ejemplo, Sabatini y su

“Scaramouche”, encontrado en la biblioteca, le sirvieron para interesarse desde ese momento la psicología profunda de los retratados:

“Nació con el don de la risa y con la intuición de que el mundo estaba loco. Y ese era todo su patrimonio”

Gracias a aquella deliciosa novela, Flores Mandado comenzó a hacer maravillosos retratos de los menos favorecidos a los que libraba de aquellas poses serias de las fotos de entonces buscando un gesto natural poco impostado. El goce que experimentó con la novelita tampoco fue menor pero en ese momento sintió que ahora sí que necesitaba una guía, alguien que le desbrozara senderos literarios y acudió, adicto ya a las palabras al consejo de Julita. Ella, que entendió como entienden las sabias bibliotecarias que tenía al lector en barbecho y que llegaba la hora de sembrar no eligió semillas fáciles pero esas semillas calaron profundamente.

“Hora crepuscular. Un guardillón con ventano angosto, lleno de sol. Retratos, grabados, autógrafos repartidos por las paredes, sujetos con chinches de dibujante. Conversación lánguida de un hombre ciego y una mujer pelirroja, triste y fatigada. El hombre ciego es un hiperbólico andaluz, poeta de odas y madrigales, Máximo Estrella. A la pelirroja, por ser francesa, le dicen en la vecindad Madama Collet”.

“Luces de bohemia” de Valle Inclán fue para Flores Mandado como para un tuareg ver el mar. Su ser entero mudó, el de fotógrafo, el de lector, el de persona. Aprendió del arte de caminar entre el gentío, del de percibir, del de exagerar, del de penar, del de vivir, del de provocar. Quizá con ese afán y consciente como era de la trascendencia del encuentro con los cuatro grandes autores, Emilio Flores Mandado decidió llevarse cuatro cámaras Polaroid a la biblioteca. Pensaba, y no se equivocaba, que aquellos artefactos llamarían la atención de los escritores.

Y así fue como después de demorarse en los fondos bibliográficos del Miradero, después de preguntar por Cervantes exhibiendo cada uno, y especialmente Borges, sus amplios conocimientos sobre el clásico sin dejar de citar a Pierre Menard, después de admirar legajos y poemarios; Neruda, Cortázar, Sartre y Borges se hallaron ante cuatro Polaroids y se abalanzaron sobre ellas.

Neruda, siempre excesivo, fue el primero en disparar. Lo hizo al suelo. Apenas dejó secarse la fotografía. Asomó una flor mustia, más que marchita. "El espíritu de un amor que alguien olvidó entre sus zapatos", sentenció el chileno.

Cortázar, desde su histórica altura, apuntó al cielo, azarosamente. Dejó largo tiempo la foto en el bolsillo de su gabán, amparada por su ancha mano. Cuando la sacó surgieron tres polaroids. Cada una representaba una escena en un parque y tenían continuidad entre sí, pero ninguna era la primera y ninguna la última.

Sartre miraba su cámara con interés. Por arriba, por abajo... Observaba a sus compañeros, intercambiaba frases aparentemente amables pero cargadas de sentido con Emilio Flores Mandado. Dos o tres veces estuvo a punto de disparar. Pero le podía la angustia. ¿Para qué?, se preguntaba a sí mismo y también en alta voz. "¿Que hay que mostrar? Cada cual mira con su mirada, ¿quién necesita que yo le enseñe la mía encerrada en un naípe?..". Y así siguió cuestionándose en un para sí largo rato.

Borges, el ciego, agotó los ocho disparos sin mirar. Con una sonrisa burlona, arrogante. Todos lanzados hacia una ventana, y por tanto hacia la calle. "Soy el único que ha mirado al mundo", se jactó. Pero ninguna de las fotos se reveló, al menos no del todo. Quedaron en sombras, como esas manchas de tinta que muestran los psicoanalistas. "Mis fotos no hablan de mí, hablan de ustedes", volvió a presumir. Y sin embargo, tras la sonrisa burlona se diría que él mismo no estaba muy satisfecho de su hallazgo.

Flores Mandado miró con admiración al ciego. Recordó que Borges había definido la biblioteca como un paraíso en aquella "La Biblioteca de Babel" de Ficciones y también que uno de sus libros había completado su formación como fotógrafo:

"La candente mañana de febrero en que Beatriz Viterbo murió, después de una imperiosa agonía que no se rebajó un solo instante ni al sentimentalismo ni al miedo noté que los carteles de fierro de la plaza Constitución habían renovado no sé qué anuncio de cigarrillos rubios; el hecho me dolió pues comprendí que el incesante y

vasto universo ya se apartaba de ella y que ese cambio era el primero de una serie infinita.”

Con *El Aleph*, recomendado, como no, por Julita, Flores Mandado había entendido que la realidad está inyectada de fantasía, que una surge de la otra y viceversa, que no existen los límites o son cambiantes, constantemente variables, que él mismo era en realidad un personaje de ficción o incubaba en él la materia para serlo y que su trabajo de fotógrafo, de notario de la realidad era igual al trabajo de esos cuatro escritores que le rodeaban, hacedores de una realidad ficticia o de una ficción tan real.

Convencido de ello, Emilio Flores Mandado hizo tres simples retratos instantáneos de los cuatro escritores. En el primero y el segundo les capta distraídos, en el tercero todos le miran, atrapados por el fogonazo de la cámara. Flores Mandado vendió dos de las fotos, a cual más cara. Guardó la tercera polaroid. La imagen de esa polaroid se ha ido transformando. En ella, después del tiempo, los cuatro escritores ni están distraídos, ni miran a cámara. Han adoptado otra actitud en la que revelan la verdadera relación entre ellos. Esa foto demuestra que dentro de las imágenes, como dentro de los libros, de las bibliotecas y sobre todo, de los instantes, ocurren cosas.